**El destino de Roma (y el nuestro) – Alessandro Banda**

El destino de Roma no solo fue decidido sòlo por emperadores y bárbaros, senadores y generales, soldados y esclavos, sino que también fue decidido, y quizás más, por bacterias y virus, erupciones volcánicas y ciclos solares. Solo recientemente hemos tomado posesión de las herramientas que permiten al menos vislumbrar, a menudo fugazmente, el gran drama del **cambio ambiental del cual los romanos no eran actores conscientes**.

El paleoclima se puede estudiar a través de los llamados "**archivos naturales**", es decir, anillos de árboles (dendrocronología), sedimentos oceánicos, lagos, núcleos en glaciares y espeleotemas - depósitos minerales en cuevas. Los radionucleidos cosmogénicos presentes en los casquetes polares, por ejemplo, son inversamente proporcionales a la actividad solar y representan un indicador particularmente sensible de la cantidad cambiante de energía radiativa que llega a la Tierra. Por la presencia, en los núcleos de hielo, de isótopos como el berilio-10 y el carbono-14, podemos entender la tendencia climática del pasado.

Los archivos naturales nos dicen que los últimos siglos antes de Cristo y los primeros después de Cristo fueron favorecidos por un **régimen climático cálido, húmedo y estable conocido como el clima *Optimum* romano**, un acompañamiento ideal para la expansión del Imperio. Al mismo tiempo, los volcanes permanecieron en su mayoría en silencio. De las veinte grandes erupciones de los últimos 2500 años, ninguna ocurrió entre la muerte de Julio César y el año 150 DC. La estabilidad reinaba.

Después, este equilibrio se rompió.

[...]

Aproximadamente del 150 al 450 dC, [grandes cambios climáticos] se volvieron extremadamente comunes. Tanto como para provocar un cambio global que es costumbre llamar la ***Transición romana tardía*** o, también, el ***Período de transición romana***.

Existe una sinergia entre el cambio climático y las epidemias. De hecho, **este cambio en el clima estuvo acompañado por la primera pandemia verdadera del mundo antiguo, es decir, la mencionada plaga Antonina**.

Se presume que **el principal sospechoso es un roedor curioso con una apariencia adorable: el jerbo con patas sin pelo**, *Gerbilliscus kempi*, que vive en el cinturón de la sabana que cruza África como una franja entre el desierto del Sahara y la humedad de los trópicos.

[...]

Cuándo y dónde tuvo lugar exactamente el salto [desde el animal hasta dl ser humano] y quién fue el paciente cero, nunca lo sabremos. Pero lo que sabemos con certeza es que el **Imperio Romano de la era Antonina, siendo área de conectividad muy alta**, de tráfico incesante entre el Este y el Oeste y entre el Norte y el Sur del mundo conocido, **era el entorno más favorable para el amplia propagación de la enfermedad**. El Imperio Romano era un "*superconductor de enfermedades infecciosas emergentes*". La suya era una ecología altamente patógena. La plaga surgió de la combinación aleatoria de la evolución microbiana, por un lado, y de una sociedad humana particular, por el otro. Una superposición entre la geografía física, las redes de comunicación y los ritmos biológicos del patógeno.

[...]

La caída del Imperio fue una de las mayores implosiones estratégicas de la historia. [...] Lo que lo golpeó, según Harper, se originó en el este, en las extensiones inexploradas de Asia Central. La estepa se entrometió en la historia occidental, ejerciendo una presión nociva a lo largo de las fronteras del norte del imperio.

En las dos décadas que van desde aproximadamente 350 a 370 AD **una sequía devastadora afligió a las estepas de Asia central**. Esto es atestiguado, entre otras cosas, por una serie de anillos de los enebros Dulan-Wulan en la meseta tibetana.

La gente de los Xiongnu también llamados Xwn, pero más conocidos como los **Hunos, se movieron hacia el oeste para buscar nuevos pastos**. Los Godos, presionados por los Hunos, aparecieron en masa en las fronteras romanas en busca de asilo. Primero recibidos por el emperador Valente, a continuación abusados ​​(resumo mucho) se rebelaron y, en Adrianópolis el 9 de agosto 378, lucharon contra el emperador que muriò en la batalla. El final comenzó allí.